

ADRIY CASI 10 52



Anabelle Madden Ciardiello
Ilustraciones de Alfredo Rajoy

Hombres diferentes

Fundación Editorial

elperroy larana

COLECCIÓN
Caminos del sur
serie Naranja
cuento

COLECCIÓN
Caminos del Sur
serie Naranja
Cuento

© Anabelle Madden Ciardiello
© Alfredo Rajoy

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2006

Av. Panteón, Foro Libertador, Edif. Archivo General
de la Nación, PB. Caracas - Venezuela 1010
Teléfonos: (58-0212) 564.2469 - 808.4492/4986/4165
Telefax: 5641411
elperroylarana@gmail.com

ISBN: 980-396-103-9
LF4022066800190

Fundación Editorial

elperroylarana



Anabelle Madden Ciardiello
Ilustraciones de Alfredo Rajoy

Hombres diferentes

Presentación

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida.

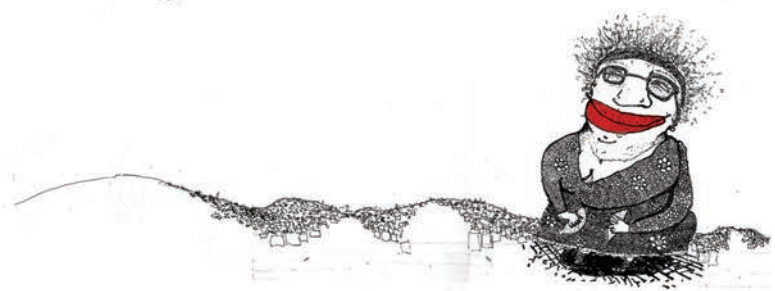
Todos venimos de ese territorio sin límites.

En él la leche es una tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de los ratones que juegan a comerse montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en corcel y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier armario, era la batalla más riesgosa y llena de peligros. Esta colección mira en los ojos del niño el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos, nos invita a viajar livianos de carga en busca de los caminos que no avanzan a la realidad, sino que, nos acercan a líneas mágicas, al sur de nuestro ser.

*La **serie Verde** detiene el brillo de sus textos en los más pequeños, se enfoca de lleno en esa etapa de reconocimiento, donde nacen las ideas con espontánea ternura, esa edad que va desde el nacimiento hasta los 6 años.*

*La **serie Amarilla** regala su intensidad a los que empiezan a crearse sus propias experiencias, a los que preguntan y dudan de las respuestas, brinda el canto de la palabra creativa a ese salto entre los 7 y 11 años.*

*Y la **serie Naranja** apunta a quienes se acercan al umbral de salida para de un momento a otro declararse grandes, a los jóvenes de 12 años en adelante que navegan en mares revueltos y que necesitan la literatura para seguir volando.*



*Allí donde los hombres de todos
los tiempos han dejado su huella*

Historias entre la fantasía y la realidad.

Siempre he pensado que los libros podrían llegar a desaparecer, la tecnología los va a terminar encerrando entre sus tentáculos cibernéticos. Nos quitarían el placer de estrecharlos cerca de nuestro corazón; disfrutar de sus textos, entretenernos, reír y llorar con ellos. Leer una y otra vez la magia de su narrativa, llevarlos adonde queramos, fieles amigos de nuestra soledad.

Los libros con tantas historias antiguas, con tantos retazos de vidas increíbles, con tanta pasión, nos han enseñado desde niños y nos han ayudado a crecer. Maestros sabios que entregan el sacrificio, el talento y los sueños de los escritores. La creatividad de los artistas en sus bellas ilustraciones, han despertado nuestra imaginación y fantasía y aún podemos leerlos bajo la luz de una vela en una eventual emergencia. Tocarlos, sentir su textura sin que su presencia sea virtual. Disfrutémoslos mientras estén aquí...

Por esta razón este mensaje es de amor a la lectura. Si alguna de mis historias despierta suspicacia, pido a los jóvenes las discutan con las personas mayores, de amplio criterio. Tal como pueden pedir orientación cuando se enfrentan, a diario, con noticias espantosas, con programas deformantes en la televisión o reciben mensajes negativos y difíciles de “digerir” al navegar por la Internet.

Mis cuentos, entre la fantasía y la realidad se unen para crear, en lo posible, una alegoría capaz de ejemplificar los momentos esenciales de la vida.

La autora



Vacaciones mágicas

—*El Dueño del Monte*—

El año pasado, regresé al pueblo donde vivieron mis abuelos. Un sitio pintoresco, al pie de una gran montaña llena de majestuosos árboles, de los que ahora quedan muy pocos. Cuando crucé el umbral de la gran puerta, volví a sentir la emoción que me embargaba cuando era una niña y esperaba, con ansias, terminar el año escolar para volar al sitio donde podía experimentar inolvidables aventuras.

La fascinación de aquella casa solariega, llena de corredores, helechos colgantes y un patio interior con toda clase de flores, estremecía mi alma. Las amplias ventanas iluminaban las habitaciones. Estancias en largos pasillos que yo descubría con la curiosidad y emoción de mis cortos años. Miré las fotos de mis abuelos, casi pinturas de la época, dos amables ancianos a los que yo adoraba. Comprendía la ansiedad que sentía al volver a ese sitio y andando sobre mis recuerdos, repasé, con lujo de detalles, las muchas vacaciones que había disfrutado en el pueblo, en la montaña y en esta antigua casa.

Mi tía, la menor de las hermanas de mamá se había hecho cargo de la casa, manteniéndola limpia y ordenada, casi intacta, en su decoración de antaño. Vivía en compañía de tres amigas viudas. En total, eran cuatro mujeres de diferentes edades que deambulaban, como fantasmas, tal vez con los otros fantasmas, prisioneros en las paredes.

Diligentes y silenciosas me dieron la bienvenida. Me sentí ausente, unida solamente a mis recuerdos y extrañando a los abuelos, los primos y sobre todo a mi madre. Llena de nostalgia, pensé en todos los seres queridos que ya no estaban y sin embargo, sus voces y sus risas permanecían en la vieja casona.

Cuando entré a la cocina, grande y acogedora, repleta de armarios y de ollas de todos los tamaños, cuidadosamente ordenadas; lo primero que busqué fueron los frascos alineados en los estantes, de conservas de durazno y fresas. Evoqué a mi mamá y a mi abuela, preparando el desayuno y sirviendo humeantes tortillas con queso derretido y el sabroso café. Me rodeaban, en ese instante, los duraznos, las fresas, como gemas preciosas y de vibrante color que yo había recogido en el patio trasero. Los olores entremezclados del caldo de verduras, el succulento pollo a la canasta y las galletas de maní. Se me hace agua la boca de sólo pensarlo.

Cansada del viaje, me fui a mi habitación. Pero no pude conciliar el sueño y decidí sentarme en la mecedora del pasado, bajo una tenue luz, aspirando el olor a lluvia eminente. Después caminé por toda la casa y entré a la sala. La lujosa sala, el orgullo de mi abuela. Cada cosa en su lugar, esperando reuniones. Preparada para que todos, familiares y amigos, volviéramos a compartir. Ahí el tiempo se había detenido.

El reloj bostezó doce campanadas. La medianoche sonó en la estancia como un presagio. Las horas envejecidas salieron de su encierro y se fueron acomodando

en diferentes sitios. Por la ventana se coló una especie de luciérnaga, brillando con luz propia. Aterrizó en la gran mesa de caoba, empujó con su cuerpo el mantel de encaje y besó, largamente, la madera pulida como un espejo. Era un bicho verde, greñudo y gordo, que multiplicaba su dorada luz en la mesa. Levantó la cabeza y me miró fijamente, tal vez adivinando que yo pensaba quitarme el zapato y de un certero golpe, terminar con aquella pesadilla.

Sin embargo, quedé paralizada. Lo recordé enseguida, era el “Dueño del Monte”, entidad legendaria de cuentos y leyendas. Una vez, estando en el bosque lo encontré. Primero, escuché el canto de un pájaro, el susurro de los árboles y me sentí parte de ellos. Fui ramas, hojas y flores. Deslizándome entre el bosque, el viento me acariciaba, fue una experiencia maravillosa, una sensación que jamás pude olvidar.

Y, ahora ¡estaba allí! Mirándome con reproche por la ingrata transformación de un magnífico árbol que lo había protegido durante años. El “Dueño del monte” levantó sus patas delanteras, frotándolas y reproduciendo un chasquido agudo. La ventana se abrió a la oscuridad y una fina lluvia caía en silencio. El “Espíritu de los bosques” dijo:

—No soy un recurso de estilo. No soy una metáfora. Habló con voz de niño, con palabras como canto de pájaros, mientras yo seguía clavada en el piso. —Esto no es realismo mágico. Mi presencia es de verdad —remató contundente.

La noche se había tornado helada, no cesaba de llover y yo en la oscuridad, mirando el punto parlante en el centro de la reluciente mesa. La primera vez que lo acuné entre mis manos era muy joven, casi una niña y lo aceptaba con naturalidad. Ahora me debatía entre lo fantástico y lo real. ¿De dónde habría salido?

Repicó burlón —no vengo de la oscuridad del armario, ni de tu mente, ni de esas paredes que sienten emociones. ¿Por qué te cuesta tanto aceptarme?

El viento frío lastimó mi rostro, sólo atiné a decir:

—¡Cómo has cambiado!

—No puedo ser igual que antes —contestó enfurecido— si todos mis bosques están desapareciendo.

Lo detallé en su tristeza, barrigón, con un raro pelo. Una mezcla de insecto con ojos de lechuza, alas escondidas

y canto de pájaros. ¿Y esas greñas verdes? Disimulé, a duras penas, mi sonrisa.

—No me tientes —exclamó enojado—. Adivino tus pensamientos. Puedo traer refuerzos. ¿Qué te parece el horror de la migala?

—¿La araña venenosa?

—Sí, para que llene esta casa con su amenaza de muerte y te torture con su presencia invisible.

—Por favor no juegues con mis pensamientos —le respondí asustada.

—¡Ah! y no me vayas comparar con tu genio de la Naturaleza, eso es cosa de niños. Se alisó con las patas su pelo verde. Dió un rápido salto y continuó hablando con voz chillona.

—¡No grites! —Le repliqué asustada.

—Cómo no voy a gritar, estoy desesperado. La humanidad debería llorar enormes sacos de agua salada y ahogarse en sus propias lágrimas y ¡Paf! ¡Paf! explotar, por todo lo que le han hecho a la Madre Tierra. Extinguirse, como las plantas, los animales y mis amigos, los indígenas...

—Sabes que toda mi vida me ha preocupado esa situación —respondí sin mucho ánimo. Pero estamos tan ocupados en nuestras propias cosas.

—¡Bah! Siempre están ocupados y no escuchan, no prestan atención. Ahora dependen de un aparatito más chillón que yo. No están tranquilos, otra tecnología que los esclaviza.

Brillaron sus grandes ojos, con una luz de colores que no supe interpretar.

—Ocupados en sus cosas —repitió— reproduciéndose, agotando los recursos, destruyéndose entre sí... Estiró sus patitas y estas se multiplicaron, como en un espejismo. El hombre, un animal numérico, más que numérico. —Recitó, contándose sus patas. Volvió a mirarme fulminante. Casi me desmayo. Las facciones de su rostro cambiaban como los emoticones de la internet.

—¡Soy real! ¡Tócame! Su pelo se erizó aún más. Recuerda, estuve en tus manos, en tus ramas y en tus nidos.

—Eres una fantasía, respondí angustiada.

—La vida es una fantasía, todo cambia en un abrir y cerrar de ojos. El “Dueño del monte” se encendía y se apagaba. Nacemos, morimos... o nos vamos de viaje en un sueño de amor.

Estaba al borde de las lágrimas. Me molestaba su presencia pero no quería que ese encuentro terminara. La nobleza de su luz daba sentido a mi espíritu.

—¡Adiós! Levantó vuelo, iluminó la ruta hacia la oscuridad y pensé que se me introducía en la cabeza. Seguía escuchando su vocecita —disfruta tus horas de libertad... y se perdió en la noche, desplegando inmensas alas y llevándose consigo todos los personajes de las mejores vacaciones que he pasado en mi vida.



La oscuridad del armario

—*El niño*—

Hay una historia misteriosa, produce ruidos inciertos como cuchillos filosos prestos a atacar. Brisas frías, susurros raros, escalofriantes. Esas historias capaces de quedarse arraigadas en lo profundo de nuestra inconciencia y brotar vivas y violentas, en el momento menos esperado.

Me veo siendo un niño de ocho años, rodeado de juguetes, ventanas abiertas con sus cortinas como fantasmas retenidos; abombándose en su blancura y languideciendo después. Desde la cama en la que estoy acostado contemplo el entorno. La noche ha visitado la habitación y todo en ella adquiere dimensiones enormes, fantasmagóricas. Hasta mis juguetes crecen en tamaño por la oscuridad y los furtivos rayos de la pálida luna. El abrigo abandonado en el sillón parece un hombre que me vigila. Cuando el humo del sueño nubla mis sentidos, siento que se incorpora con rapidez para abrazarme y ahogarme. Con desesperación enciendo la luz de la lámpara y los abrigos caen como personas desmayadas. Después centro mi atención en el armario como un enorme bulto cuadrado. Me sé de memoria toda su estructura de noble madera, casi indestructible. Ha permanecido por años en ese mismo sitio. Nadie lo ha movido. Está allí quieto, alerta, esperando. Con sus puertas anchas y altas en las que puede entrar un hombre de mediana estatura. Arabescos sutiles, dibujos de flores y rostros en sus bordes. En su interior, cuidadosamente acomodados, prendas, objetos y ropa de casi dos generaciones de mi familia. Algunas cajas arrinconadas en el fondo y aún así, parecía tan grande su interior que cabía todo mi horror. Siempre soñaba que se abrían sus puertas y salía un

hombre que me metía en él con violencia. Nunca pude usarlo, mis cosas estaban regadas por toda la habitación o en una pequeña mesa junto a la ventana. Aún así, las visiones y las pesadillas no me dejaban descansar.

Más de una vez me encerró mi papá en aquel armario, en un intento, que jamás he comprendido, de que yo perdiera el miedo y constatará que no había nada en su interior que me pudiera inquietar. Pero, una de las tantas veces que mi padre abrió el armario, al despertar yo de la pesadilla que me hacía gritar, fue empujado, cual muñeco desarticulado, por una fuerza desconocida, hacia adentro y desapareció en la oscuridad del armario. Jamás lo volví a ver, no recuerdo que pasó después. Decían que se había ido de la casa y yo permanecí largos meses internado en una clínica.

No sé en que dimensión de mi tiempo me encuentro. Si en ese evento traumático de mi niñez. Si en los años de rebeldía de mi adolescencia o si estoy ahora en la edad adulta. Me tortura esta historia, la llevo en mi alma como una herida la cual es lastimada, constantemente, con visiones que me agobian. Con los recuerdos de las personas que no están y me acompañan en mis pesadillas. Siento que estoy aprisionado en el armario, llorando

entre las cajas y pensando en los cielos luminosos y azules del mes de enero. En las personas que caminan por las calles libres y retengo sus imágenes para mitigar mi soledad.

Simultáneamente están sucediendo cosas, cambiamos de aspecto; de niño temeroso, joven inseguro hasta el adulto que se enfrenta a sus miedos; con una careta de realidad, de lógico razonamiento. Y volvemos a sentir el miedo de abrir esa puerta del armario, soberbia y desafiante. Seguimos huyendo de nosotros mismos. De esos fantasmas que poblaron nuestra alma años atrás y que junto con otras realidades o fantasías se va enredando en la maraña de nuestros sueños. Fingir que no hay nada más allá. Armar nuestra propia fiesta y olvidarnos del mundo. No es fácil. Pronto estaremos frente a esa puerta cerrada y sentimos que nos vigilan los seres que allí habitan. Nos perdemos en el laberinto que lleva al recinto del espíritu. Decidimos subir la escalera de la vida hacia la habitación de nuestra infancia. Vamos en retroceso, escudriñando recuerdos que merodean sigilosos en nuestra mente. Las manos se aferran a las doradas perillas, las puertas se abren lentamente, mostrando la oscuridad. Adivinamos las cosas que hemos ido acumulando, están allí conspiran prestos a atacar. Volvemos a sentir

pánico, esas puertas se han multiplicado, podemos entrar por otras y volvemos a salir por el mismo armario. ¿Serán mundos paralelos? Imágenes distorsionadas de nuestras acciones. No encaja el rompecabezas. Se escucha el ruido de seda del silencio. Cruje, llora, se levanta como sutil neblina y una voz quejumbrosa dice: —¿Por qué? Retiro la mano de la perilla y pregunto: —¿Se puede cambiar el destino? ¿Hasta dónde somos capaces de cambiar las cosas que nos molestan? La voz de seda responde: —Cada persona tiene un destino irreversible del cual somos prisioneros. El hombre del armario se agiganta, me cubro con las sábanas, vuelve a ser el niño lloroso, el joven aterrado y el adulto insatisfecho con una frase colgada en sus labios: —¿Cuál es el propósito de todo? ¿Puedo cambiar mi destino? —Sí. Responde la voz de seda, mientras el armario cierra sus puertas. Adentro en su oscuridad, alguien enhebra con la aguja del destino las lágrimas de los que lloran y el niño calza las sandalias de suave hierba, para que nadie escuche sus pasos.

El niño se perdió para siempre en la oscuridad del armario y el hombre tomó, por fin, las riendas de su destino.



El hechizo



—El profesor—

Miré mis propios pies, los zapatos habían crecido o yo me había encogido. Aquellas sandalias colgaban, aferradas a mis pequeños dedos, balanceándose hasta deslizarse, en un acto heroico, al piso. Las observé, una encima de la otra, llenas de polvo y con la nostálgica posición del que duerme o está ausente. La silla me pareció más cómoda. Mi ropa ¡qué alivio! se había ajustado a mis nuevas medidas, pero, era un disfraz para una niña de seis años.

A mis compañeros les sucedió lo mismo. Sus zapatos amontonados en el suelo y sus rostros, antes marcados por el tiempo, lucían lozanos en lo que sobresalían unos ojos brillantes, inmensos para descubrir el mundo.

Los niños que una vez fueron adultos, se reían. Risas infantiles, pegajosas, estridentes colmaban el salón y no era para menos, aquellos infantes se miraban entre sí, tocándose la ropa de hombres intelectuales y mujeres profesionales vestidas de negro y cabellos alborotados. Nunca supe qué había pasado a los integrantes del curso de expresión escrita. Había que ver al profesor lo lindo que estaba en sus tempranos años y con los anteojos bailándole en la nariz.

¿Será que el salón de clase estaba encantado? ¿O que un extraño conjuro había trastornado la secuencia invariable del tiempo? ¿Pudiera ser yo la culpable de aquel misterio? ¿Tal vez la manía de observar los zapatos de la gente para subir la mirada y encontrarme que pocas veces coincidían con la personalidad de sus dueños? Los zapatos como la vida, a veces no nos gustan pero nos aguantamos porque son cómodos. En fin los zapatos no son tan importantes, lo que nos falta es caminar, avanzar, renovarnos... Las risas interrumpieron mis pensamientos. Los niños me pedían a coro que les leyera un cuento.

Los miré complacida, eran tan hermosos, sin sus luchas, ni amarguras, sin el atavío asfixiante de los años vividos. Estaban allí, libres, ajenos al temor y a las preocupaciones de sus vidas rutinarias. Felices, solamente con el deseo de entrar al mundo mágico de los cuentos.

A veces es necesario el abandono paulatino de una conciencia civilizada antes de entregarnos, al descubrimiento del horror que, como sentimiento último, aguarda el fondo de la vida.

¿Por qué no intentar retornar a nuestra infancia? Perdernos por otros senderos que no sean los establecidos, los recomendados, los que marcan la pauta en la actualidad. Tener el valor de resistir la adversidad, en este transitado y agotado campo y salir adelante. Esta posición, no entendida por el profesor, ensimismado en las reglas lógicas de la gramática hacía muy difícil nuestras clases. No aceptaba, bajo ningún argumento, que traspasáramos la línea que marca las normas del “buen escritor”; asegurando que los críticos no entenderían ciertos sentimientos dictados por la musa imprecisa, fugaz y muchas veces incomprensible de la imaginación.



Un diario

—El novio—



Gruesas lágrimas caían sobre el elegante diario empapando de tristeza las páginas de fino papel. Escribía pensando en su sombra, tan oscuros eran sus pensamientos, como si fuera un ángel. —Mi sombra inseparable, me acompaña cuando camino bajo el sol, o bajo la luna. A mi sombra le gusta hacer lo mismo que yo hago: bailar, brincar, correr. Mi sombra es mi amiga, una amiga de verdad... analizó lo que había escrito, los sollozos estremecían su pecho. —¿Pero qué es esto? ¿Tanta es

mi soledad? De repente le dedico esta página a mi sombra... recordando un cuento infantil. —¿Será que estoy enloqueciendo. Pero, es cierto —suspiró— mi sombra me acompaña si camino despacio, despacio va a mi lado, atenta a mis movimientos. Ahora mismo está conmigo ¡Cómo quisiera que me abrazara!

Se fundió con su larga y oscura compañera y junto a ella, arrastró sus pasos por el jardín. El sol alegraba la vida en aquella mañana inolvidable pero, para ella, no existía el derroche de colores y de luz que regalaba aquel sitio maravilloso de su casa. Los recuerdos se atropellaban queriendo llegar a la vieja cabaña donde se guardaban, desde siempre, los implementos para arreglar el jardín, repleta de instrumentos, tierra de abono y retoños de diversas plantas cuidadosamente dispuestas en grandes maceteros. El olor a tierra húmeda y flores impregnó su respiración. Su corazón latía como un loco lastimado por la emoción y allí, sin su sombra, escondida en la penumbra, tan sólo con sus pensamientos evocó su gran desilusión. Vio sus manos temblorosas abriendo el viejo baúl con la llave que habían dejado olvidada. —¡Sí! una llave redonda y pequeña. Le era familiar porque siempre estaba en un llavero de oro. Un relámpago iluminó su pensamiento: —¡Las llaves de su novio!

Evocó, esa llave en particular, extraña, antigua y de color plateado, con la que siempre se entretenía, jugando, el hombre que amaba. La pasaba entre sus largos dedos una y otra vez, como hacen los árabes con su rosario de meditación, deslizándola, acariciándola y disimulando una sonrisa diferente que iluminaba sus claros ojos con un brillo de complicidad.

Abrió el cofre y en su interior apareció un diario de llamativos colores. Un libro similar al que ella tenía ahora en sus manos y mojaba con su tristeza. Cuando leyó el nombre impreso en letras azules, no le cabía duda. Ese diario pertenecía a su gran amor. —¡No puede ser! ¿Sufría de alucinaciones? Pero, no se correspondía con su personalidad, además su novio estaba muy lejos de ser un hombre sensible. Demasiado alto, fuerte y varonil. Un hombre de negocios, deportista, con muchos intereses lejanos a poseer un diario, escrito por su puño y letra. Ahora las preguntas brotaban en desorden, sin respuesta. ¿Cómo podía llevar un diario como el de ella y además guardarlo, tan celosamente, en aquel apartado sitio frecuentado tan sólo por el viejo jardinero? Ella misma no sabía por qué extraña coincidencia había entrado allí. Tal vez por curiosidad, ya que de niña le llamaba la atención la cabaña y las plantas que se cultivaban en ese

lugar. Una risa sarcástica inundó el recinto. Su propia risa burlándose de ella. Cuántas veces él se había burlado por escribir estupideces en un diario ridículo. Cosas de mujeres románticas e inmaduras —decía—. Le parecía observar el destello despectivo en su mirada, preguntándole: —¿Cómo puedes escribir nuestros encuentros amorosos? ¿Explicar con palabras melosas las caricias? Se alejaba en su deportivo, dejándola desprovista de argumentos, altivo, ofendido por la manera en que yo perdía el tiempo y volcaba mis sentimientos en mi querido diario. Mi secreto, una vez violado, sin sutilezas, por mi novio. Profanando mis sentimientos, aquellas vivencias tan importantes para una joven inexperta y soñadora...

—¡Encuentros amorosos! —Se repitió para sí. Abrió el diario de escandaloso colorido y las palabras aprisionadas en el también fino papel le dieron una sonora bofetada. Sus mejillas enrojecieron como los claveles cultivados por el viejo jardinero. Leyó, suspiró, negó, maldijo y lloró hasta casi deshacer aquellos sentimientos expresados por su propio novio. Confidencias escritas con magistral lujo de detalles y con un enfermizo concepto del amor. A ella no la nombraba, ella que estaba comprometida con él y que pronto se casarían. Ella que había creído en él, en sus palabras de amor y en sus promesas. ¿Para qué? Si los

protagonistas en la película de su vida se multiplicaban en cada página. Cada nuevo actor era el mejor, según su encuentro amoroso, por su apariencia física y su capacidad de amar. Desfilaban en la pasarela de sus sueños modelos negros fuertes y apasionados, blancos lánguidos y rubios creadores de placer. ¿Para qué la iba a nombrar a ella? La ingenua llena de castidad, de temores e inexperiencia, cuyas citas estaban rodeadas de amor platónico: paseos, bailes, reuniones con amigos y familiares y alguna que otra cena romántica... donde él hablaba de sus triunfos y ella lo miraba embelesada a la luz de las velas... Respiró profundamente, en la oscuridad su sombra se estremecía. No significaba nada para él. Sus otros amores eran más relevantes aunque fueran producto de una fugaz aventura. Un culto a los sentidos y bajas pasiones. Su novio del que se sentía orgullosa y era la envidia de sus amigas y la adoración de sus padres, tenía un doble juego: —amaba a los hombres... Su sombra logró incorporarse y amorosa la abrazó en su infinita desesperanza, tratando de protegerla de una realidad que ella todavía no entendía y le rasgaba poco a poco su alma, lanzándola en un abismo en el que se perdía su inocencia y su capacidad de creer. El diario se cerró de un fuerte golpe y la joven mujer y su sombra se fueron muy juntas, unidas en su desencanto.



La historia se repite

—*El soldado*—

Avanzaba lentamente a lo largo de la espesa selva. El calor húmedo lo torturaba y fluía a través de todo su cuerpo hasta dejarlo sin aliento. Un torbellino de ramas y hojas caídas se abrió a sus pies. Miró a todos lados. Sentía que la mochila, el rifle y la cantimplora pesaban como el plomo.

La tarde iba cayendo y las sombras de la noche comenzaron a rodear al grupo de militares. Los movimientos del soldado temblaban ante cada sonido confundido con el ruido de sus propios pasos. Sus compañeros observaban su espalda, él sentía la mirada de reproche y trataba de conseguir el camino hacia el campamento. Era el responsable de la misión asignada por sus superiores. Tenía que velar por el grupo y ya todos estaban protestando por el cansancio acumulado de tantas horas de marcha en busca de un fugitivo. Trataba de encontrar, en aquella profusión de matas y senderos parecidos, las señas que había dejado en algunos árboles. Por fin divisó una de las banderitas amarillas que sobresalían como un pequeño sol entre los gruesos troncos.

Respiró aliviado cuando llegaron al campamento reducido a cinco tiendas de campaña en las que se acomodaban dos hombres en cada una de ellas. Los soldados de guardia preparaban la comida y el olor de los alimentos les alegró el estómago. Depositaron en perfecto orden sus armas y se sentaron cerca de la fogata. Bebieron el guarapo que les ofrecían y comenzaron a hablar del joven, buscado con gran afán, un tal “Maisanta II”, como él mismo se denominaba.

El mayor a cargo era un hombre de acción, con hábitos de buen lector, excelente memoria y palabra fácil. Una mezcla de indio y negro de carácter fuerte, observador, disciplinado y apegado a sus convicciones.

—No entiendo como se nos escapó ese tipo —dijo uno de los soldados, rompiendo el silencio. —Será que se cree de veras el famoso “Maisanta”.

—¿“Maisanta”? Preguntó el grupo.

—¡Sí! —agregó, algo así como un diminutivo de “mamá santa”... qué sé yo. No comprendo por qué no quiere entregarse a las autoridades. Estiró las piernas tratando de aliviar los pies resentidos por las altas botas y con gran apetito comenzó a comer centrando su atención en los alimentos servidos.

—Es un revolucionario, contestó el Mayor, además escribe muy bien, pero como dicen algunos, literatura subversiva.

—¿Revolucionario en esta época? Que no sea sólo de ideas, rezongó uno de los hombres.

—Se ha inspirado en el último hombre a caballo, allá en los llanos de Barinas y Apure, susurró el Mayor con un brillo extraño en sus oscuros ojos.

—¿Quién fue “Maisanta”? —preguntó uno de los soldados más jóvenes. El Mayor se acomodó:

—Lo poco que sé de él, lo leí en un libro escrito por José León Tapia, médico nativo de Barinas, quien además sentía pasión por la vida de ese hombre. El Dr. Tapia se propuso descubrir la historia de un llanero carismático e investigar sobre su vida. Una de sus estrategias fue la de hablar con amigos o testigos en cada sitio por donde pasó, hurgando en el alma de nuestro pueblo. “Maisanta”, fue una figura legendaria, el último caudillo que logró entrar en el corazón de las personas sencillas y por eso se le recuerda mucho más que otros protagonistas de una Venezuela que se debatía entre la violencia y la pobreza.

—Reunió testimonios de gente vieja y sabia —agregó, entusiasmado el Mayor. Buscó en cada sitio o camino transitado por “Maisanta” hace muchos años. Una labor de investigación minuciosa y de gran mérito. Recopiló datos, comparó testimonios. Recogió la historia reciente de nuestro país de las mismas fuentes para darla a conocer y escribir en forma sencilla, las aventuras de un hombre diferente que vivió en una época dictatorial en la que nuestro país era administrado como una gran hacienda.

Todos los soldados se acercaron, les fascinaba la manera didáctica como contaba sus historias, siempre aprendían algo de él y deseaban saber del verdadero

“Maisanta” que una vez existió, luchó y quedó la historia de su vida como un testimonio de sus aventuras que ahora se han convertido en leyenda.

Al Mayor le encantaba ser el centro de atención y se esmeró en su relato. Tal vez porque le gustaba hacerlo y quería compensar las horas de soledad de aquellos muchachos. Sabía lo que significaba ser un soldado apegado a una rutina que representaba un cambio muy grande en sus vidas. Disciplina, sacrificios, esfuerzos. El renunciar a un estilo de vida. Acostumbrarse, entre otras cosas, a una comida diferente a la de su casa y a no ser dueño de su propio tiempo. No tener la privacidad de una habitación, compartir con sus compañeros guardias extenuantes y una multitud de detalles perceptibles sólo para un soldado. En fin, sentir la cruda realidad de la labor preliminar o la desilusión de una carrera oscura.

Él mismo lo había vivido en aquellos cuarteles donde la noche se hacía eterna y al pasar el tiempo iba entrando en los umbrales del cambio con las barras nuevas en su uniforme, ganadas a fuerza de sacrificio y estudio. Un uniforme que era parte de su cuerpo y al pasar el tiempo, parte de su alma.

—“Maisanta”, continuó, fue un soldado rebelde que aprendió, desde niño a ser hombre y se graduó en la academia de la aventura y la práctica bajo el sol inclemente de los llanos. Siguió los pasos del coronel Zamora. Se llamaba, sin mal no recuerdo, —se llevó la taza de café a los labios y luego de saborearlo bebió un largo trago, a su auditorio le pareció una eternidad— Pedro Pérez Delgado, pronunció el nombre en voz alta, destacando cada letra. Sus luchas quedaron en los caminos ardientes, en los ríos y en los lugares donde ocurrieron los acontecimientos. Compartía el apoyo y la valentía de un grupo de hombres que lo acompañaban. Hombres cuya fortaleza y determinación eran su mejor arma. Peleaban por un sueño de patria libre y una vida digna, que mereciera vivirla, para ellos y sus hijos.

—“Maisanta” —agregó con un dejo de orgullo— fue un caudillo popular, un líder carismático. Sin embargo, y como lo expresa el autor del libro, no tenía el conocimiento y la preparación de un Zamora, “Maisanta, escribía, era como un fruto silvestre apetecido por un gran descontento en una época violenta que murió por un ideal y quería vivir entre hombres libres”. ¡Bonita la frase verdad!

El canto de los grillos se oyó de repente y mil ruidos hablaron de la inmensidad de la selva iluminada por

brillantes ojillos, resaltando tenebrosos, en la oscuridad. Los soldados parecían hipnotizados olvidándose del cansancio. Allí reunidos, escuchando la historia de Maisanta, estaban a salvo, sentían el calor de la compañía, el sabor aromático del café. La protección de las tiendas de campaña. Pero, con desaliento, pensaban en la soledad y la angustia del hombre que huía sin saber a dónde ir.

Uno de los soldados protestó:

—Eso fue en tiempos de Gómez. Lo que no me cuadra es por qué perseguimos al tal “Maisanta II”, quién se cree parecido a ese hombre considerado por muchos como un héroe. El silencio se prolongó. Como en muchos asuntos del ejército, no había una respuesta lógica o por lo menos que compensara el sacrificio de aquellos hombres.

El aire era fresco y olía a lluvia inminente. Poco después de medianoche el campamento se estremeció bajo un fuerte aguacero. A lo lejos el río amenazaba con dejar su cauce. Una densa oscuridad cubrió las pequeñas carpas. Toda la selva lloraba a cántaros en un presagio de profundo dolor. Los hombres se retiraron a dormir. El Mayor se quedó mirando la lluvia envuelta en la noche y repitió para sí un párrafo del libro: Otros lo llamaban el

“americano” por ser buen mozo y catire entre bayo y alazano. —Era su “Maisanta” particular de sueños de libertad en una tierra de mito y leyenda que debía rescatar.

La lluvia se fue haciendo más fuerte y arreció el aguacero torrencial. Los truenos reventaban cada vez más cerca. —¡Qué palo de lluvia! Y se encerró en su carpa. Sin embargo, sus sueños se poblaron con la desesperación de aquel hombre perdido en quién sabe que apartado y agreste rincón del bosque.

Amaneció con un paisaje envuelto en una sutil acuarela. El crepúsculo matutino comenzó a despertar. Las sombras se habían alejado para dar paso, poco a poco, a la luz. Todo estaba fresco, cargado de vida, con olor a lluvia de montaña. Los caminos inciertos volvieron a sentir el paso de los soldados en busca de “Maisanta II”.

—Buena vaina nos está echando ese tipo. Comentó uno de los soldados en tono alto y desplegando una amplia sonrisa de dientes muy blancos. —¿Dónde estará? ¿Cómo pasaría la noche si no encontró un refugio? El Mayor, tratando de ahuyentar sus propios pensamientos, retomó la historia y comenzó a hablar. Total para distraerse de esa búsqueda que le estaba apretando el

corazón, por lo inútil e injusta y para satisfacer la curiosidad de sus compañeros.

—Imagínense, más de diez años anduvo “Maisanta” en actividades y luchas por los llanos del sur de occidente.

—Pero, era otra época, protestó otro de los muchachos.

—Sí, pero el mismo calor, las mismas distancias y a caballo. Sin contar con las comodidades que tenemos ahora.

—Es cierto. Pero él pertenecía a un grupo que también luchaba por sus ideales y la gente lo admiraba. El caso de nuestro fugitivo es diferente, está solo, se enfrentó al poder sin medir las consecuencias, pensó que solamente con su inteligencia podría hacer algo. ¿Para qué? El Mayor movió la cabeza afirmando y continuó su relato:

—Nuestro héroe acabó sus días en un calabozo húmedo y sin luz del Castillo Libertador. Sufriendo el tormento de pesados grilletes y sintiéndose abandonado y distante de aquellos llanos abiertos y magníficos que le vieron nacer. Tan solo y abandonado como nuestro fugitivo...

Todos se detuvieron. Tomaron un poco de agua y se sentaron a descansar bajo los árboles. Un dejo de simpatía por la figura alegre y valiente de Maisanta estremecía el corazón de los soldados.

—Un hombre, como dice el libro, de “cuerpo entero, como no nacerá otro hombre”. —Remató el Mayor, manteniendo ese extraño fulgor en sus pupilas.

—Bueno, parece que ya nació otro —exclamó el moreno de amplia sonrisa, secándose el sudor de la frente— aunque en diferentes circunstancias, mantiene el espíritu revolucionario de “Maisanta”.

El Mayor fue escrutando un rostro tras otro y todos rieron silenciosamente. —¡Vamos! Se terminó el descanso. Terminemos de una buena vez con este asunto.

Eran hombres de armas, algunos tan jóvenes que parecían adolescentes jugando a la guerra. Aprendieron la disciplina para cumplir órdenes. Adiestrados como muñecos en serie cuando desfilaban a paso marcial y en perfecto orden. Pero cada uno era libre, fue su decisión o las circunstancias que lo empujaron a pertenecer al ejército forjador de libertades. Procedían de hogares muy humildes y a otros los movía el deseo de aventuras, de aprender, de servir a la patria. Algunos no habían encontrado trabajo y no podían estudiar, tal vez sentían que su juventud se les escapaba y no tenían un futuro asegurado. Además había que ayudar, de alguna manera, a su madre, quien en la mayoría de los casos había

luchado sola. También les convenía lucir un uniforme impecable y conquistar lindas muchachas. Eran muchas las razones y consideraban que el ejército era su escudo ante tantos problemas. Recogieron sus armas, avanzaron a la voz de mando y guardaron muy adentro, sus sentimientos.

El Mayor, graduado en la Academia Militar, iba adelante, abriendo el camino, a lo lejos se escuchaba la voz del río. Los soldados marcharon, rifle en mano, atentos a cualquier movimiento. El río colmado por las aguas de los fuertes aguaceros de la noche anterior se extendía ruidosamente en la pesadez del medio día. Multitud de árboles miraban pacientemente aquel grupo de hombres con uniformes de camuflaje, sudando a raudales y buscando con la avidez del minero la promesa del oro. Y lo encontraron agonizante junto al río. Sin armas, con la ropa mojada, con una mochila repleta de libros y papeles y con los ojos aguarapados mirando sin ver. Tan flaco, tan blanco estaba aquel catire graduado de la Universidad Central de Venezuela, que daba hasta lástima ponerle las esposas.

Los soldados rodearon el cuerpo entumecido y tembloroso. No opuso resistencia no tenía fuerzas ni para levantarse del suelo pantanoso.

—A este hombre lo mordió una culebra. Miren como tiene la pierna amoratada —gritó uno de ellos.

El tal “Maisanta II” apenas pudo abrir los ojos, la luz lo lastimaba. Miró los rostros fatigados con esa sensación de un hombre que se va a despedir. Otro de los soldados le levantó la cabeza y le dio agua. Apenas pudo retenerla en sus resecos labios.

—¡Hay un final que acelera el corazón! Repetía con voz imperceptible.

—Es usted un romántico sin esperanza, no pensó en los peligros que existen en estos sitios, le amonestó otro de los muchachos, inyectándole y tratando de curarle la herida. Era demasiado tarde el veneno ya se había introducido en su sangre. Quién sabe las horas que ese hombre había estado soportando aquel terrible dolor. El analgésico solamente lo aliviaría por unas horas.

El grupo improvisó una camilla de ramas, con sus chaquetas como colchón y acostaron al herido.

—Este hombre no llega vivo. Está muy mal —exclamó preocupado el soldado a cargo de administrar las primeras curas y las pocas medicinas que llevaba consigo.

Levantaron la camilla y emprendieron el regreso hacia el campamento. Jamás pensaron encontrarlo en esas condiciones. Se habían ilusionado pensando que era un hombre que podía enfrentarse a los peligros de la selva. Pero no, ese tipo no sabía en lo que se había metido. De contextura débil, sin un adiestramiento adecuado, qué se podía esperar. No se explicaban cómo pudo escabullirse días atrás. Se preguntaban por qué no se había entregado, todo hubiera sido más fácil. Verlo en estas condiciones los hacía sentirse muy mal como si fueran culpables. ¿Tal vez lo eran? ¡No! Ellos recibían órdenes.

El Mayor miraba el rostro demacrado del joven. Había recogido todas las hojas amarillentas de sus escritos, así como los libros y los había cargado en su mochila, con tanto cuidado, como si se tratara de “Maisanta II”, ese hombre que había sufrido en pos de un sueño que a la postre era su sueño también.

El herido deliraba y en sus ratos de lucidez hablaba y hablaba, queriendo decir todo lo que tenía por dentro:

—En mis escritos he reflexionado sobre la manera de entender la patria. La lucha contra el despotismo y la injusticia. La vida del guerrillero se alarga o se recorta en la tarea del trabajo y el tiempo que le espera. ¡Hay!

Me siento tan mal, casi no veo y se hundía nuevamente en un letargo de muerte.

El Mayor comparó su agonía a la que también sufrió Pedro Pérez Delgado, “su pensamiento, su poder oculto, a pesar de agonizar en una inmunda celda, con el vientre abultado por el vidrio molido que a diario ingería en sus alimentos. ¿Para no morir de hambre? Pero sí terminar sus días con los intestinos perforados por las miles de partículas de vidrio. Una acción lenta y corrosiva que llevaba a una dolorosa muerte”. Esta era la condena de los presos peligrosos en tiempos de Juan Vicente Gómez, recitó el Mayor como en una oración. Como el veneno de la culebra y el dolor intenso que sufría este hijo ideológico de “Maisanta”.

Llegaron por fin al campamento. Acomodaron al fugitivo en una de las carpas. Volvieron a inyectarlo. Comenzó a llover a cantaros. No sabían qué hacer. La radio no funcionaba por aquel temporal y las altas montañas se interponían entre el campamento y el pueblo más cercano el cual estaba a kilómetros de distancia. El hombre seguía entre una febril vigilia y el sueño; contando la historia de su vida llena de ilusiones y fracasos, —¿los de él, los de “Maisanta”? Quien murió en prisión

con la sensación de que todo había sido inútil, arrancándose el escapulario que llevaba cosido en la pechera de su camisa, en un gesto de impotencia, de reprimida rabia exclamando: “puede más Gómez que nosotros”. —Pudo más el poder y la selva... Sacrificios, vidas por algo que el hijo de Barinas no pudo precisar pero para el catire de la UCV, sí estaba muy claro, y lo ratificó al pronunciar estas palabras:

—El auténtico espíritu revolucionario está impulsado, no sólo por su afán de mejorar, sino por algo más noble: el deseo de abolir los diversos obstáculos que impiden al hombre llegar a ser lo que es...

Los soldados querían oírlo. En esa soledad, en esa noche impenetrable, de recio temporal, los diez jóvenes debían acompañarlo. Unieron las carpas y muy juntos se sentaron alrededor de él. Se turnaban con las compresas frías, en su frente, para apaciguarle el calor y le sostenían las manos tratando de darle fuerza. Habían hecho todo lo humanamente posible con los pocos recursos que tenían a mano. Era un “picado de culebra”, lleno de fiebre, de veneno y de dolor pero con una elocuencia más allá de lo normal. Con una fortaleza de espíritu excepcional.

Los soldados no se sentían satisfechos por su captura. El sentimiento era ahora de solidaridad, era uno de ellos en otra dimensión. ¿Cuál era su culpa? ¿De qué se le acusaba realmente? Jamás había herido o asesinado a nadie. El Mayor, estrechaba la mano de aquel idealista, aquella copia pulida e instruida del “Maisanta” de la Venezuela pastoril y campesina. El catire apretó cálidamente aquella mano fuerte y morena. Sabía, en un extraño presentimiento, que ese hombre del ejército tenía una conexión con su modo de pensar y ver las cosas de la patria; ambos estaban unidos por el hilo invisible de la complicidad. Como en un susurro le dijo —tal vez no es el tipo de violencia que había en los tiempos de mi general Pedro Pérez Delgado. Ahora existen muchas formas de violencia, tantas como las injusticias que aún se viven en nuestro país. Venezuela con tantos recursos, suspiró, y la mayoría de sus hijos viven en la miseria y en el abandono. Muero con desconsuelo porque no pude hacer nada para cambiarlo; tan sólo reflejaba mi rebeldía en lo que escribía y debatía a brazo partido. Estrechó con fuerza la mano del Mayor tratando de transmitirle su pensamiento, su voz casi no se escuchaba. “Maisanta lo apodaban los hombres del llano así, porque con esas palabras en los labios entraba en acción, peleaba o tomaba otra estrategia”... Su voz se fue apagando —dónde está mi escapulario... —agonizaba.

Los soldados impresionados estaban en silencio. Se preguntaban cómo aquel hombre había idealizado ese héroe de antaño, valiente para unos y rebelde para otros, y para el gobierno de turno, un preso peligroso que debía desaparecer.

En un último esfuerzo pronunció las mismas palabras: “¡Mai Santa! Virgen del Socorro, esta vez tampoco ganamos” Eran dos hombres o uno, unidos en la secuencia eterna del tiempo: “—la revolución, hay que tener coraje y cabeza para ser revolucionario, nunca perder la fe y jamás pactar por arriba ¡carajo!” —los rasgos de su cara se contrajeron en el estertor de la agonía. El Mayor también repetía las palabras en un eco que se apagaba con el ruido incesante de la lluvia. Con estas palabras Maisanta II entró en el mundo misterioso de la muerte. Los soldados pensaban que volvería a despertar. ¡No! Esta vez su vida se apagó definitivamente. El pánico invadió la carpa y sus anexos. Los hombres, a pesar del pegajoso calor, sentían frío y la lluvia persistía con su canto largo, interminable, convertido en lamento, en tonos fuertes a veces de horror; en tonos dulces, a veces protectores.

Lágrimas disimuladas fueron borradas de los rostros, con rabia e impotencia. Largo rato permanecieron

allí, unidos en un solo sentimiento, como hermanos en desgracia. El Mayor los vio pasar uno tras otro, y cada uno de ellos parecía encarnar el más amargo reproche. Trató de tranquilizarse y suspiró profundamente, riéndose de sí mismo y del sentimiento de rebelión que se estaba apoderando de él. Dejó caer la mano que había apretado con la esperanza de retenerlo con vida. Tapó su rostro con la cobija y miró aquel ser inmóvil con una historia parecida a su propia historia. Su propia y naciente lucha que iba gestándose al paso del tiempo y de los acontecimientos y que tendría como consigna el pensamiento de Bolívar.

Les fue imposible dormir. La radio no respondía y el helicóptero no podía llegar a donde estaban. El sitio era de difícil acceso. Ellos tendrían que volver a pie y esa caminata duraría más de dos días. ¿Qué se podría hacer? El fugitivo estaba muerto. Habría que levantar un informe para sus superiores y tomar una decisión. Los rostros de los soldados se pusieron tensos y se fue apoderando de ellos una total indiferencia. Una máscara de apatía moldeó sus caras y borró la admiración, el dolor, la lástima. Todo cayó en un abismo profundo en el que se consumiría un tiempo de sus vidas que deseaban ignorar.

La mañana despertó húmeda, pintada de gris, cargada de soledades y de angustias. Cinco de los soldados se adelantaron y comenzaron a cavar, en un claro del bosque, una fosa para “Maisanta II” y en el silencio se oía la gritería de los muchachos, el murmullo del campamento quedó revoloteando como el trino de pajarillos traviesos.

Cuando recogieron el campamento la tarde declinaba, cansada, con olor a melancolía, pintando de púrpura el horizonte como preludio de un día más que se despedía, convirtiendo las horas vividas en historia olvidada. Todo se fue quedando quieto. El viento se había reducido a una brisa suave y las hojas de los árboles silenciaron su dialogar tembloroso. El rectángulo de tierra negra, se llenó de blancas mariposas, como luces inquietas. La tumba resaltaba bajo la sencilla cruz de ramas que los soldados habían colocado. Una tumba sin nombre, sin honores, flores ni rezos. Se adornaba con el brillo de admiración de cada uno de los protagonistas que habían capturado al escurridizo “Maisanta II”.

—Siempre los sueños de un idealista, de un revolucionario acaban así —exclamó uno de ellos. —Pienso que estaba ciego ante una realidad que no le iba a permitir cumplir sus aspiraciones —contestó el más joven

de ellos. —No merecía terminar así. Al fin y al cabo el sistema nos impone una manera de ser. —¡Y eso que vivimos en democracia!

—Apuremos el paso, es tarde. La voz se convirtió en orden. El soldado rifle al hombro, miró por última vez el lugar. El sitio en que enterraron los sueños de un hombre instruido cuyo único delito fue enfrentarse a los que manejaban los destinos de su país, no sin antes despojarlo, de sus tesoros.

El paisaje dejó de ser acuarela de colores e inició el trazo de las primeras líneas de las sombras. El Mayor recogió las ideas, los proyectos y las esperanzas. El destino estaba marcado. Pronto iba a descubrir los diferentes tipos de violencias, encubiertas, muchas de ellas, por el dinero y la ambición que iban marchitando el color de la patria al ir marchitando, también, el recurso más importante, su gente. Tal vez este soldado llegaría y podría enfrentarse a todo haciendo realidad los sueños de una dualidad de auténtico cambio y espíritu revolucionario o se irían descomponiendo sus proyectos, alentados también por el poder, como el cuerpo enterrado en la selva hasta convertirse en polvo y servir de abono a todo aquel entorno maravilloso de Venezuela.

Junto con sus hombres, se internó en la selva, en busca del camino seguro, desde ese momento se había trazado un plan de vida. Sus proyectos no se convertirían en polvo y su lucha tendría razón de ser, era su regalo a los que habían muerto por un ideal de patria. Pensaba en los cambios que se iban a producir y que serían una consecuencia del mismo sistema democrático, de los mismos líderes, de los mismos políticos contra las necesidades crecientes de una población que también aumentaba en número en un país y en una Latinoamérica aquejada por muchos males a consecuencia de la corrupción y los malos manejos de sus riquezas. Su vida estaba signada por el carisma y la valentía del primer Maisanta y las ideas y la inteligencia del segundo. Estaba consciente que se producirían cambios y él sería una consecuencia de las malas políticas y el abandono sistemático de un pueblo. Leyó una de las notas que había recogido a la orilla del río: —“El neoliberalismo será un fracaso porque avasalla la dignidad humana y la globalización condenará a nuestros pueblos al olvido y a la marginación”. Sonríe y el destello en sus ojos brilló como nunca. Estaba seguro que alcanzaría las metas propuestas así tuviera que luchar contra todo y todos.

Las mariposas seguían revoloteando encima de la tumba de “Maisanta II”, luego abandonarían el lugar en una danza misteriosa y fugaz como su efímera existencia. La densa vegetación y la persistente lluvia borrarían todo vestigio. Del hombre solamente quedaría el recuerdo en el corazón de sus seres amados y su esencia en los libros que había escrito.



El cuento de las palabras

—*El orador*—

Entre el grupo de ilustres invitados se encontraba Bernardo, un capitán de Navío retirado, quien además de poseer el don y el carisma para relatar historias de grandes personajes, es además, escritor e historiador, sobre todo de la vida de Simón Bolívar y de otros héroes de la patria.

Bernardo es el último en la lista de cinco destacados hombres que se habían pulido, por años, en el arte de hablar. El auditorio, compuesto por personas muy jóvenes apenas podían contener su aburrimiento y parecían no soportar más horas de aquellos interminables discursos sobre la definición de lo que significa ser un buen orador. Los protagonistas del importante acto, en conmemoración del Día del Lenguaje, que se efectuaba en una conocida universidad, parecían que habían llegado a un acuerdo y la promesa de una apuesta se respiraba en el aire. ¿Quién de ellos, todos especialistas en la materia, podría hacerlo? ¿Quién sería capaz de llegar al corazón de aquel público tan impaciente que tomaba notas en sus cuadernos o hacían muñequitos para “matar” el tiempo. ¿Cómo se podría motivar a los jóvenes para que entendieran la importancia del lenguaje.

Bernardo optó por eliminar el discurso que tenía preparado, similar a los de sus compañeros que ya habían intervenido. Observó detenidamente al público y decidió improvisar. Su personalidad, su tono de voz agradable, perfecta dicción y excelente memoria serían su carta de presentación. Respiró profundo y se colocó en el estrado. Las miradas de todos los muchachos se clavaron en él, preguntándose con qué iba a

salir el último de los oradores en aquella interminable tarde.

A petición de Bernardo, la luz fuerte fue atenuada y una música instrumental, como un susurro, acompañó la cálida voz del orador impregnando todos los rincones del lugar, captando, como en un acto de magia, la dispersa atención de los presentes.

—Había una vez un reino luminoso, una comarca espléndida en donde las princesas se llamaban palabras... —con esta sugerente frase Bernardo dio inicio a su discurso.

—Las palabras como grupos de personas tienen su propia personalidad. Su propio encanto en la definición de un objeto, un paisaje, una aventura. Las letras solas son el componente de un abecedario, pero, unidas, construyen párrafos como castillos llenos de esplendor, tesoros y secretos donde habitan las ideas.

Podríamos pensar que la cuna de las letras está en aquellas cuevas oscuras y lejanas donde el artista dibujaba su entorno bajo el débil resplandor de una antorcha. ¿Cómo fueron formándose? Tal vez al ritmo de los sonidos que emitía el hombre de las cavernas cuando descubrió la necesidad imperiosa de comunicarse.

¿Quién sería el genio o los genios que las crearon? Según un mito contado por el filósofo Sócrates fue un dios del antiguo Egipto llamado Theuth quien, entre otras cosas, inventó la escritura, agregando que ese conocimiento era el elixir de la memoria y de la sabiduría. Ahora, en nuestro tiempo, se han convertido en un sistema asombroso de la expresión verbal de un pueblo, permitiendo a los seres humanos, con sonidos articulados, manifestar sus emociones, ideas y sentimientos. Nace la retórica, creadora de espacios sublimes para dar paso a los libros.

El valor de las palabras es incalculable, algunas quedan a través del tiempo, como un eco en el subconsciente. Aflora nuestra sensibilidad ante un categórico: —¡Crucifícalo! Imperecedero por más de dos siglos. En un acto de fe repetimos las siete peticiones que encierra el Padre Nuestro, la mejor de las oraciones que nos enseñó el Divino Maestro.

Jesús el orador sublime quién pronunció los discursos más sabios que se hayan escuchado. El Sermón de la Montaña, las parábolas, sus mensajes de amor y justicia en contraste con la humildad de su vida y de su sacrificio indecible.

Los presentes estaban fascinados, Bernardo había logrado captar su atención entrelazando una serie de ideas. Sonrió y continuó hablando:

—De esa oratoria milagrosa surgen, como signos de luz perpetua y reflexiva, las necesarias reglas de la moral, de liturgia o de vida social. Así como los reproches severos, palabras de esperanza o gritos de ternura. Los relatos de la *Biblia* formada por una madeja preciosa y coherente de millones de palabras expresando oraciones magníficas, párrafos de gran contenido espiritual narrados por los profetas, por el propio Jesús y otros visionarios de aquella lejana época. Palabras santas que han viajado en el tiempo y en el espacio, como bandadas de pájaros extraordinarios, volando por todo lo alto y llenando los espacios de la tierra con su mensaje de paz.

Los aplausos colmaron el auditorio. Bernardo se entusiasmó al ver a los jóvenes atentos, siguiendo sus movimientos y continuó:

—*El Nuevo Testamento* es una herencia suprema entregada por Dios a su pueblo elegido, constituyen uno de los más bellos textos de la literatura universal, testimonio de los primeros oradores en la historia.

Surge también, como un mensaje de conocimiento y sabiduría, la filosofía producto de la reflexión, la lógica y la ética de grandes pensadores como Sócrates y Platón.

Pero, así como existe el bien, aparece el mal. Las palabras con sus distintas facetas, tan diversas, como las pasiones y los sentimientos de los hombres y mujeres, pueden, además de ser sublimes, herir, castigar, engañar, subyugar, someter... abren las mentes hacia nuevas experiencias o destruyen.

La fuerza de la retórica fanática de Adolfo Hitler, con su tremendo poder de persuasión cuyas consecuencias fueron nefastas para la humanidad y como él, muchos otros, aparte de los discursos agobiantes, exigidos y sin esencia. Oradores que leen infinidad de páginas intentado un discurso aburrido y repetitivo, o hablan atropellando las palabras y por ende las ideas.

El auditorio volvió a llenarse de aplausos y los otros oradores sonreían complacidos, solamente a Bernardo se le hubiera ocurrido...

—En los libros las palabras están prisioneras en el frágil papel, prestas a recobrar su libertad condicional cuando se leen con atención. En los textos, las palabras, como princesas de vida fecunda, son inmortales.

—No obstante, no hay nada tan hermoso como escuchar una historia, un relato, una poesía con expresiones magistralmente escogidas, entrelazadas como notas musicales que producirán una elocuente sinfonía.

El orador alzó los brazos e imitando la música que se oía exclamó:

—Rival de las palabras es la música, idioma universal, la cual eleva, bajo un mismo sentimiento, infinidad de notas cuyo mensaje es comprendido por todos. La complementa el arte en toda su expresión y la naturaleza con su propio lenguaje sin igual, magnífico, hacedor de vida que nos recrea y nos alimenta.

Sin embargo, son las palabras las que escriben la historia, detallan la naturaleza y explican el arte. Un buen orador es como el director de una orquesta que va expresando con su discurso, a través de gráciles movimientos de su batuta, las palabras, uniéndolas con notas emotivas, pletóricas de enseñanza.

Hizo una breve pausa, cientos de ojos lo miraban. —Amo la lengua de Cervantes, es nuestro idioma, de pequeño me alimenté y fui creciendo con él. Es el castellano millonario en palabras y expresiones llenas de sabor. Tenemos a nuestro alcance montañas de vocablos y no se justifica que limitemos nuestra manera de expresarnos.

Por ejemplo, las palabras de Cervantes enfrentándose a molinos de viento bajo la sensibilidad de un personaje inolvidable, Don Quijote de la Mancha, el caballero de la triste figura. La lírica de Rubén Darío con sus damas lánguidas de amor, los bufones de la corte, los palacios de cristal y los mil elefantes. La poesía ejemplar del dulce San Francisco de Asís y el fiero lobo, en las que se distingue, bajo la magistral pluma de este poeta centroamericano, las miserias humanas en toda su amarga verdad.

—El canto de amor a lo sublime y delicado de Gustavo Adolfo Becker o un fantástico Aquiles Nazoa quien jugaba con las palabras con humor, gracia y sentimiento. No podemos olvidar a Julio Cortázar ni a Vargas Llosa.

Son tantos los artistas de fecunda imaginación que nos han llevado más allá de nuestras propias vivencias,

de nuestra experiencia e ideales como el realismo mágico de Gabriel García Márquez. Y, es aquí donde ese ser, no muy común, se lanza a la aventura de la oratoria. Si el orador reúne varios talentos, nos ofrece un regalo a nuestro entendimiento.

—¡Bravo! ¡Bravo! Las exclamaciones colmaban el auditorio. La voz de Bernardo se volvió a escuchar:

—Existen muy buenos oradores y algunos tienen la capacidad de combinar ideas y narrar la historia con la habilidad y sutileza de la araña, ¿qué estará haciendo la araña con tanta maña? Teje una tela fina, muy fina... como diría el poeta, llena de palabras precisas y hermosas. Los aplausos se prolongaron y las sonrisas se dibujaron en los jóvenes rostros.

Con renovado optimismo Bernardo continuó: —La oratoria nos obsequia los acontecimientos pasados, la vida de personajes ilustres como Simón Bolívar, el padre de la patria. Nos cuenta de la fuerza, valentía, tristezas y alegrías del protagonista. Las batallas célebres que cambiaron la historia. Las hazañas heroicas e irrepetibles de tantos hombres ilustres. Las fechas, los detalles, los nombres, las vivencias, los amores... elevando el espíritu más allá de lo humano.

De esta forma, ¿Cómo lograremos ser un buen orador? Entre las cualidades que debemos cultivar para lograr el éxito podemos nombrar la buena memoria, el poder de convicción, la destreza escénica que darán como resultado un fruto jugoso, un deleite a nuestros oídos, un concierto, una acuarela de palabras, las más hermosas princesas que nos inspiran y elevan nuestra alma.

Para concluir con este cuento de las palabras, queridos jóvenes, me permito expresar: el don del entendimiento es una gracia del espíritu, el don del orador, del buen orador, es una entrega total por medio de las palabras cuyo mensaje llega a nuestro corazón.



Tres en soledad

—El mendigo—

Avanza entre la multitud asfixiante de la Gran Caracas. Arde el sol inclemente del mediodía, la contaminación la rodea en un abrazo invisible. Arrastra sus pies hinchados hasta llegar al final del boulevard. Siente la pesadez. En su estómago baila la empanada y el jugo de papelón con limón de su almuerzo. Divisa al fondo un muro bajo y ancho. Llega hasta él, se sienta, casi desfallecida,

compartiendo el espacio con otras personas. Acomoda su gruesa humanidad en aquel sitio lleno de polvo. La abultada cartera le sirve de almohada. Recoge las rodillas y estira el vestido de flores multicolores, suenan las pulseiras. Su cara se transforma en una máscara y las grotescas facciones se van apaciguando por el sueño. Se entrega al descanso como si estuviera en una cama suave y confortable. No le importa que la miren, es parte del paisaje ciudadano. Sueña con una música de tambores y extraña la esencia de su ser. Desfilan en su mente las imágenes de sus antepasados arrancados de su tierra, aquella tierra salvaje y magnífica para ser insertados, en otros lugares, a una vida de servidumbre. Se ve así misma joven y fuerte, bailando con un ritmo pegajoso. Siente como todo su cuerpo respira libertad y se deja llevar por la música.

Sus sueños se cruzan con el pensamiento de un hombre alto, de frente despejada y barba canosa que está a su lado.

—Yo fui capitán de un gran barco. ¡Soy un conquistador! También extraño mis lugares, mis paisajes, mi música y mi gente. ¡Soy el último de los conquistadores! Los pensamientos del hombre se hicieron palabras y gritó un párrafo aprendido de los muchos libros que una vez leyó: revolcaba sus pensamientos y extraía de sus recuerdos

frases sin sentido: “Yo soy un bosque de tenebrosos árboles y una noche oscura, pero quien no se asuste de mi soledad, bajo mis cipreses encontrará unas rosas trepadoras”.

A su lado una anciana, vestida de negro, acomoda con timidez su bolsa de mercado e intenta comunicarse:

—“Dicen que la soledad es más habitual en la vejez. En esta época se han perdido muchos seres queridos, los amigos tampoco están y esa soledad pesa, encorva la espalda y nos hunde, junto con nuestras dolencias, en un mar de hastío y de cansancio”... La mujer lee en voz alta, afirmando lo que dice con un gesto débil. Nadie escucha, la gente desfila y las imágenes se cruzan, se entremezclan y se confunden.

El hombre no presta atención. Con ojos alertas mira sin mirar. Manos en las rodillas, cigarrillo humeante. La voz de la mujer es un eco y se pierde en el bullicio que fluye como un río lleno de estruendo profanando todos los espacios de la gran ciudad.

—Soy capitán de un barco, la brisa me refresca, el mar es inmenso con luces plateadas. ¡Soy el que manda! El que descubre nuevos mundos. A mis pies un mastín labrador

duerme satisfecho. ¡Tengo poder! Divaga el hombre entre la oscuridad de su mente presa de fantasías.

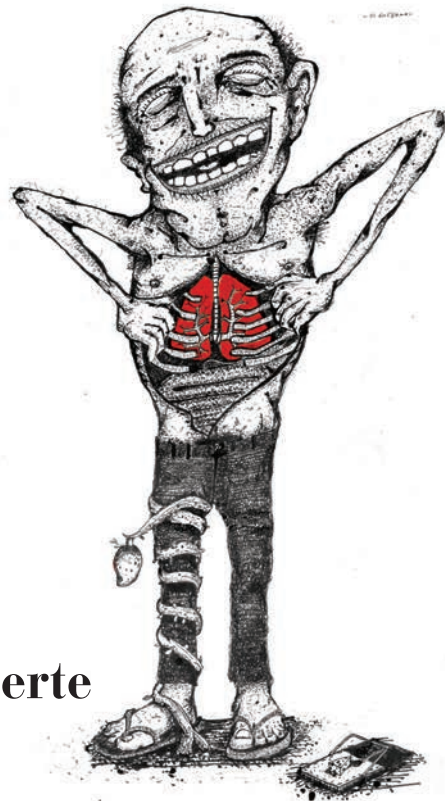
La mujer menuda, de tez muy blanca y cabellos cortos continúa leyendo y es que los párrafos parece que fueron escritos para ella. Una vez tuvo familia, ahora todo se perdió con los años. Los hijos se han ido y su compañero murió. No hay nadie a quién acudir. Sus conocidos son los que comparten con ella las largas colas para cobrar, ávidos de necesidad, la pensión del Seguro Social. Estruja las hojas arrancadas de una vieja revista, su lectura ha sido un monólogo que a nadie le importa. Su llamado de atención y de soledad es sólo de ella. Calla resignada y se hunde en los recuerdos de siempre, no quiere interferir entre el sueño de la mujer y los pensamientos del hombre. Silencio, como una plegaria apriionada en sus labios. Fija la mirada en el pequeño perro negro y flaco, que duerme a los pies del vagabundo. Ese hombre altivo de cabeza siempre erguida y desafiante, quien lleva en un saco raído todas sus pertenencias y las pasea por la ciudad como un trofeo. Tampoco quiere dejar aquel sitio, con la basura acumulada de siempre y con la misma indiferencia del transeúnte esclavo de su rutina.

El muro de cemento se extiende en una invitación a reposar y a detener el paso. Las paredes desteñidas, llenas de extraños y repetitivos dibujos. Como una prolongación de la pared, se extiende un alambre de púas amenazante. Las plantas se encogen en busca de agua, desesperadas por sobrevivir. Detendrán el paso otros seres cansados de tanto luchar. El ruido incesante gana al silencio y se come de un bocado todo vestigio de paz.

El vagabundo no la escucha, sus ojos están mirando más allá del tiempo, cuando sus horas transcurrían sin esa lentitud del que no hace nada. Sus sueños y sus proyectos nunca se concretaron, a pesar de que abandonó todo por ellos y la vida lo abandonó a él. El ayer, el ahora y tal vez el mañana se aplastan contra la masa de cemento duro como la realidad. La fase productiva, la ambición, los ideales se exterminan bajo una sentencia llamada “edad cronológica”. ¿Para qué tantas luchas, sacrificios y trabajo? Todo pasa, todo se olvida. Emerge, avasallante, una generación de relevo. Las oportunidades se cierran, como los ojos apretados de la mujer morena y gorda que continúa reposando, durmiendo, soñando en aquel lugar, al final de la calle, en un boulevard atestado de gente, que se ha convertido en la cama o en la silla de los seres que esperan. Muchos de ellos sin saber a dónde ir ni que sucederá a lo largo del día.

El mendigo hará su ronda, unas cuadras más allá del muro. Recogerá su viejo saco y seguido por el perro, con paso decidido, creyendo tener un destino final, se perderá entre la multitud. Dará vueltas, buscando con curiosidad, luciendo sus harapos y recogiendo de la basura algo que pueda comer o pidiendo algunas monedas o un “aromático” cigarri-
llo, como él le llama. Piensa que volverá a su vida cómoda y a su familia, añora un gesto amistoso y de piedad. Pero, no encuentra a nadie conocido, se siente perdido. Todos son extraños, lo miran con asco y comienza a recitar su letanía de frases repetidas. Grita, mueve los brazos, hace muecas, brinca, llora con amargura y luego calla para hundirse en un mundo de ausencias. La miseria humana se refleja en él, el cuerpo delgado, sucio, con una costra de meses. El cabello grueso de grasa y tierra. Se encorva, queriéndose desaparecer en el suelo, agarrando sus pertenencias como tablas de salvación. El perro fiel, a su lado, lo mira con tristeza. Debe continuar, levanta la cabeza con despecho. Retoma su ruta. Vuelve a perderse entre esa humanidad que también busca un destino. Está agotado, casi no tiene fuerzas. Impotente y sin ánimo, con un gesto de obligada aceptación se dirige de nuevo a su muro, al final de la calle, preguntándose:

—¿Cuál es la razón de nuestra existencia? ¿Por qué estoy aquí?



Sentencia de muerte

—*El enfermo*—

El sendero se iluminó con la claridad del mediodía. Los rayos de luz se filtraban entre las ramas de los grandes árboles alumbrando, como pequeños reflectores, el camino de piedra que conducía a la casa solariega. Un perfume dulzón flotaba en el aire. Grandes mangos colgaban deliciosos haciendo gala del amarillo brillante y el rojo apetitoso de fruta aromática.

El enfermo avanzaba con gran dificultad. El rostro demacrado, traslúcido con una palidez de muerte. Contemplaba con su opaca mirada, sin brillo ni ilusión aquel concierto de fruta madura, aquel verde lleno de vida y de pájaros. Sus piernas flaqueaban y sólo pensaba descansar su deshecha humanidad en la cama que lo esperaba. La insuficiencia respiratoria lo hacía detenerse a cada paso. Sentía como sus pulmones se estremecían y a duras penas podía respirar. Una sensación de ahogo persistente había terminado con sus sueños y proyectos. Atento, uno de los trabajadores de la hacienda, le aligeró su pesadez y entró por fin a la casa amplia y fresca como un templo protector. Pasillos acogedores con grandes sillas que invitaban al descanso. Helechos exuberantes colgaban como ramos exquisitos y un jardín central lleno de azahares, valerianas, tomillo y azucenas blancas. Sintió que traspasaba los umbrales de otro mundo. Su estadía en el hospital le había enfriado los huesos y el alma. Constantemente titiritaba y el miedo se le pegaba a la piel con un dolor insoportable. Recordaba, el diagnóstico del médico, mirando indiferente las radiografías de sus pulmones, sus palabras lo habían dejado sumido en un abismo oscuro del que no tenía fuerzas para salir.

—Tres meses de vida ¿quién lo iba a pensar? noventa y tantos días y ¡te mueres! así de sencillo —sonrió

como en un sueño recordando su pesadilla y se entregó a la fatiga hundiéndose, poco a poco, en el mullido colchón. Apenas tuvo tiempo de mirar las rosas silvestres alegrando la estancia pequeña y ordenada. Aspiró, una vez más, el olor que se colaba por la ventana y se durmió profundamente, sin necesidad de tomar las pastillas.

—¿Para qué? Si horas antes había tirado al río todos los frascos de medicinas. Quería estar libre de fármacos...

—¡Buenos días! La voz lo despertó y una bandada de pájaros cantó para él. El olor de los mangos lo situó en su nueva realidad. Sus brazos llenos de pinchazos y moretones se ocultaron temblando bajo la frazada de lana. Una mujer negra y gorda, ataviada con un vestido desteñido que alguna vez fue rosado, luciendo un delantal tan blanco como sus dientes, le extendió una taza humeante. —Tómelo, es bueno, son hierbas aromáticas. Descanse, la casa, las plantas y los árboles lo cuidaremos.

Los días pasaban monótonos. Las tardes convidaban al sueño. El hombre sentía un abatimiento profundo. Desde la puerta observaba los campos. Se oían ruidos lejanos. Al caer la tarde todo quedaba en silencio y soledad. El anochecer transparente se alargaba en la línea del horizonte y las estrellas, tímidamente, iban apareciendo. El hombre esperaba la muerte.

Pasaron cuatro meses y el enfermo no se murió. La cosecha de mangos se iba terminando. Su vida, en espera del momento final, le había permitido largos paseos por el campo; sueño reparador, tranquilidad, aceptación y un continuo contacto con todas las manifestaciones de la naturaleza. Charlas sin prisa en las tardes de lluvia, infusiones de hierbas aromáticas y la compañía de aquella mujer sencilla y alegre, compartiendo ratos de sano esparcimiento. Los amaneceres habían cobrado significado para él y el despedirse del sol, desplegando su abanico de colores, era una reafirmación del milagro de la vida.

Cada día se daba un banquete de mangos, se llenaba la boca con su agradable sabor, lamiendo las semillas como un succulento helado con hilos de dorada miel. Complementaba su dieta con frescas hortalizas, verduras y los caldos sustanciosos que preparaba la encargada de la hacienda. Pero, nunca faltaban los mangos, aunque tenía a su alcance otras frutas. Jamás en su vida había comido tantos, era como si su organismo lo pidiera a gritos.

El cansancio fue desapareciendo, el rostro enjuto recobró su color y su mirada, ahora brillante, recorría el paisaje descubriendo a cada instante cosas nuevas. Podía respirar con amplitud, sus pulmones se llenaban de aire sin aquel

dolor punzante que lo había torturado por tantos años. No se había percatado del tiempo transcurrido. ¿Acaso importaba? Pronto su vida se apagaría como las velas que iluminaban el crucifijo de la casa. El doctor había sentenciado su futuro, sin lugar a dudas... Sin embargo, su vida no se extinguió y transcurrieron tres meses más.

Bueno al fin y al cabo todos esperamos la muerte, se repetía una y otra vez. Se sentía tranquilo, en paz consigo mismo, una sensación que casi había olvidado. Cultivaba en el jardín de la casa: albahaca, angélicos, azafrán y crisantemos tan rojos que parecían decirle, “te amo”. Vivía rodeado de los seres más bellos del planeta: las flores. Sus aromas sutiles se introducían en sus poros. Hasta creía percibir el lenguaje secreto de las plantas. Transcurrían los días, uno tras otro, como un regalo costoso. El hombre seguía, sin nada más que el camino y la promesa de una esperanza, aunque no lo admitiera, se iba alojando en su corazón.

El galeno en sus cuarenta y tantos años muy bien llevados, atlético, de mirada suspicaz y aire autosuficiente, recorría los brillantes pasillos del hospital seguido de un grupo de estudiantes. Inundaban cada habitación, leían la historia clínica y sin mirar el rostro del paciente ni captar

sus emociones, discutían sobre el mal que los aquejaba. Batas blancas iban y venían en contra del tiempo. Sueros, agujas, medicinas, quirófanos profusamente equipados con la última tecnología. Gente aquí y allá con ojos llenos de angustia arrastrando sus penas y enfermedades. Largas colas ante las cajas de pago y discusiones sobre la cobertura de los seguros y el alcance de las tarjetas de crédito.

El doctor estaba complacido, había ganado el respeto de todos sus colegas y sus artículos sobre enfermedades “raras” de los pulmones ocupaban las páginas de las mejores revistas de medicina. Secretamente había usado fármacos elaborados en el propio laboratorio del hospital y las historias clínicas engrosaban la lista de sus pacientes. Muchos de ellos habían fallecido aportando interesantes datos para los estudios que realizaba. Todos temblaban ante su implacable diagnóstico: “Le quedan pocos días de vida”...

El enfermero guardó las radiografías que habían permanecido por mucho tiempo exhibidas para ser estudiadas y preguntó al doctor sobre el paciente al que le habían suministrado grandes dosis de medicinas que aún estaban en período de prueba. Al doctor se le iluminaron los ojos y agregó:

—Ese hombre ya debe estar muerto, fue mi diagnóstico y tú sabes que no me equivoco.

—Pero —respondió el enfermero—, él se fue del hospital, no podemos estar seguros de su muerte. Una ráfaga de inquietud pasó por la cara del médico. El enfermero, suspirando, dijo:

—Pobre, recuerdo como sufrió, no pudo soportar su “tratamiento” doctor.

—Sí, lástima —contestó sin hacer caso del tono irónico del enfermero—, me hubiera gustado que muriera aquí y realizarle las pruebas que tenía previstas. Pero, el muy estúpido, quería morir en paz. Se arregló el nudo de su costosa corbata de seda y se contempló en el espejo que colgaba cerca del cuarto de las radiografías. Sonrió complacido, mientras decía:

—Su caso me llenó de... conocimientos.

—Y dinero, susurró el enfermero, terminando de introducir en los grandes cajones del archivo, las radiografías de los pulmones llenos de huecos aquejados por un extraño mal de aquel hombre que se había escapado del hospital.

—¡Caramba! —exclamó el médico, deshaciéndose de su bata y del estetoscopio, debo estar presente en la entrega de reconocimientos, apenas tengo tiempo. Sabes tú, ¿dónde es la reunión?

—En el auditorio —respondió con aire de cansancio, el enfermero.

—Dile a Clara que cancele mis citas. No podré atender pacientes el resto de la tarde.

Salió de su lujoso consultorio, elegante, impecable, por el también impecable pasillo del hospital. Dejaba en cada paso el orgullo y la satisfacción que le producía su vida.

El hombre se despidió. Algo en su interior le decía que no se fuera. Parecía que los lamentos de la mujer enjugándose sus lágrimas en el blanco delantal, se unían a las voces de los árboles, el viento, las flores y la casa. Deseaba permanecer allí. Ahora se largaba sintiéndose muy bien, no era ni la sombra del enfermo enclenque que había elegido ese sitio para morir en paz...

—Vuelve a tu vida, a tu trabajo, insistía la negra llena de temor. Pero no vuelvas al hospital. ¡Por favor!

—¡Sí!, al hospital, precisamente allí, tendría que volver. Quería mostrarle al doctor y al mundo entero el milagro de su curación.

El camino de regreso extrañamente extendía sus verdes praderas, los árboles como venerables ancianos se

despedían. Todo el paisaje querido iba quedando atrás. Sintió nostalgia, pero se entretuvo mirando una y otra vez la gran ciudad que se le venía encima, con su ruido y contaminación, con su prisa y encanto.

—Un encanto efímero —pensó, como una cortesana que te envuelve con su belleza y sus promesas y te obliga a quedarte a su lado.

Los ventanales del hospital parecían tener luz propia y las puertas se abrieron castigando su respiración con aquel olor que detestaba. Sentía que entraba a una blanca prisión. Esta vez no se quedaría, ya estaba sano y sonrió. Tenía fuerzas para tomar sus propias decisiones.

—¡Buenos días doctor! El enfermero entró en el consultorio. Su tono expresaba sorpresa.

—¡Buenos días! la voz grave le sonó familiar. La pluma cayó de sus manos en un movimiento involuntario al ver al hombre que entraba junto con el enfermero. Atónito el doctor no creía lo que veía. Un silencio prolongado dejó oír la breve música de fondo.

—¿Cómo está, doctor? Los ojos, ahora radiantes, le gritaban “míreme, estoy sano, su diagnóstico no se cumplió”.

El doctor captó el mensaje. De un vistazo sabía que el hombre se había curado. Advirtió su fuerza, su renovado optimismo. Su brillante expresión de triunfo.

El enfermero, con una amplia sonrisa, le invitó a sentarse y esperó las indicaciones del doctor quien disimulaba su inquietud. Levantó el rostro y formuló una serie de preguntas para luego concluir: que su paciente, alojado en una distante hacienda, había comido muchos magos. ¿Mangos?

—Sí, respondió entusiasmado el hombre evocando la delicia de la fruta.

Nuevas radiografías confirmaron su curación. Cada una de las llagas que anteriormente invadían sus pulmones habían cicatrizado, como si miles de finos hilos se entrelazaron y con exactitud matemática, rellenaron las cavidades de sus pulmones enfermos.

—No puede ser, pensaba el doctor bajo su inmutable rostro. Esto no tiene sentido. El vitalograph, medía la capacidad respiratoria y su gráfico marcaba “normal”.

—Repítalo, repítalo, insistía el doctor. El enfermero sostuvo, una vez más, el largo tubo blanco para introducirlo

en la boca del hombre, él sin esfuerzo respiraba alto y sostenido. El gráfico arrojaba los mismos resultados: —excelente, exclamaba el enfermero con gran placer.

El médico, atormentado por los resultados, continuaba pidiendo exámenes. En la tarde su escritorio estaba repleto de informes. El hombre observaba el rostro del galeno, éste muy pensativo, revisaba una y otra vez las pruebas. El enfermero le sugirió que llamara a sus colegas e hicieran una reunión para ampliar criterios y...

—¡No! te agradezco no comentes este caso. El enfermero no comprendía la actitud de su jefe, pero lo atribuía al interés que el caso había suscitado en el famoso médico.

El hombre estaba feliz, cada resultado reafirmaba su curación. Sin embargo, pidió una explicación.

—Su sistema inmunológico, se fortaleció con la ayuda de los componentes del mango. Parece, continuó el médico, que varios elementos, dieta, aire puro y ejercicio le brindaron protección natural contra las bacterias que carcomían su organismo. Bueno eso es lo que creo...

—Suficiente, todo concuerda, yo me siento mejor que nunca y lo más importante son los resultados. ¿Verdad

doctor? El hombre se levantó, estiró los brazos en un gesto de retenido cansancio y se despidió.

—¡Me voy! Tengo tantas cosas que hacer. Retomar mi vida, mis proyectos.

—Un momento, le ruego venga mañana temprano.

—No creo que sea necesario doctor.

—Vamos hombre su caso puede ayudar a muchas personas, agregó el galeno desplegando toda su simpatía, algo inusual en él con sus pacientes. Lo espero a las siete de la mañana. Por favor, no falte a la cita. El hombre creyó escuchar un dejo de súplica.

—¿Para qué debo volver? Ya le expliqué todo con lujo de detalles, me sometí a infinidad de exámenes. ¡Estoy curado! Usted mismo lo está viendo...

—Sí, lo sé —respondió impaciente el médico. Volveré a revisar esta noche todas las pruebas; especialmente, su estudio de la sangre. Tal vez se lo volvamos a repetir mañana, quiero estar seguro... Es la última vez, insistió el médico, no lo molestaré más. Se quedó mirando al hombre, con un gesto de reprimida rabia, saliendo hacia el pasillo y multiplicando su atractiva figura en el lustroso piso.

En la noche del día siguiente, ingresó un nuevo cadáver a la morgue del hospital con la recomendación expresa de practicarle una exhaustiva autopsia. El enfermero fue trasladado, intempestivamente, a otro centro de salud,

junto con el deseado aumento de sueldo. El doctor en su consultorio escribía interminables notas, ratificando, ante todo, su diagnóstico. En su mente tenía grabada la cara del hombre, con una sonrisa eterna. Recordó en detalle: la mañana gris, lluviosa y fría. El impermeable azul del paciente, colocado en la silla y el paraguas negro como único testigo. La camilla donde estaba acostado, confiado y sereno pero con grandes deseos de salir, definitivamente, de aquel consultorio. El gesto de extrañeza cuando le inyectó lentamente, un líquido denso y blanquecino, mientras el hombre repetía:

—¡Soy tan feliz!, me han dado una nueva oportunidad, hoy como nunca deseo vivir...

Muy lejos el concierto del viento acariciaba los mangos en su nueva y milagrosa cosecha. Las plantas rendían tributo al sol y la negra mujer limpiaba la habitación y ponía rosas silvestres que se marchitarían de tanto esperar.





¿Se suicidan los animales?

—El ecólogo—

El escritorio estaba lleno de informes. Se recopilaba el relato de historias y vivencias frecuentemente emocionantes y algunas de ellas divertidas. Los trabajos de investigación realizados con esa pasión que solamente un hombre amante de la naturaleza podía hacer, se agrupaban por montones. Una mezcla de datos científicos e informes del comportamiento de los animales expuestos

en forma tan viva y real que no dejaba de sorprender a los lectores. El ecólogo trabajaba, en ese preciso momento, sobre los animales que habían cometido “suicidio”. Trataba de llegar a una conclusión convincente del por qué de su actitud. En algunas de sus citas se encontraban interrogantes tales como:

—Si comparamos al hombre, el animal más inteligente de la creación, cuando comete suicidio por miles de razones y por otro lado, presenciar casi siempre “suicidio colectivo” en los animales, nos lleva a reflexionar sobre lo que le estamos haciendo a nuestros semejantes y a la tierra, nuestro hogar. Como hecho curioso, muchos de estos “suicidios colectivos” se produjeron en los años setenta. Parecía ser que en esa época la contaminación ambiental, a consecuencia de nuevos productos recién estrenados en los mercados mundiales, había producido una serie de funestas consecuencias que no estaban del todo claras. En esta parte del informe se detallaban escalofriantes cifras, por ejemplo, en el mes de diciembre en una ciudad cerca de Italia, doscientas ovejas, salieron corriendo, como si una misteriosa voz las llamara, y se lanzaron a un río. Minutos antes pacían tranquilas en verdes praderas y luego, sin una razón aparente, flotaban sin vida y eran arrastradas por la fuerte corriente.

En otra ocasión, en Suiza, unas quinientas ovejas dejaron el prado y se arrojaron a las crecidas aguas del Rin y se ahogaron, todas, sin excepción. Otro tanto ocurrió en las costas norteamericanas del Atlántico, donde más de un centenar de calamares, voluntariamente buscaron la muerte. Sobre el particular, algunos zoólogos suponen que las aguas del mar, contaminadas por los vertidos de las industrias, impulsaron a estos animales a suicidarse.

El informe se ampliaba, esta vez se refería al “suicidio colectivo” en las costas del golfo de la península mexicana de la Baja California, de más de cincuenta hermosas ballenas de hasta veinte metros de largo y cincuenta toneladas de peso, se encontraban “varadas” en la arena. Se lanzaron en grupo, con gran decisión, a la playa para luego colocarse, en asombrosa “solidaridad” una al lado de la otra. Parecía increíble, aquellos mamíferos marinos, considerados tan inteligentes, deseaban morir. Los testigos curiosos y amigos de los animales querían ayudarlos, tratando, a duras penas, de regresarlos al agua, remolcándolos con lanchas, pero ellos insistían y volvían a la playa hasta morir. También en enero de 1970, en las costas de Florida, se produjo un hecho más desgarrador, ciento cincuenta ballenas, orcas y delfines convertidos en montañas de carne de hasta nueve

metros de longitud, yacían inertes ante la desesperación de los hombres que trataron, inútilmente, de ayudarlos.

Al terminar de reseñar otra serie de informes sobre suicidio de los animales en diferentes partes del mundo, el ecólogo había escrito: —Igualmente, resulta incomprensible y como analogía con los casos señalados, el “suicidio colectivo” humano, ocurrido en 1978 en Guayana con la secta de John. En esta oportunidad, novecientos miembros de la secta se envenenaron, voluntariamente... El científico sacaba conclusiones y escribía sobre el aparente paralelismo entre el terrorífico auge de suicidios humanos en las grandes ciudades sobre todo, y la cifra “creciente” de los misteriosos suicidios de los animales en un medio ambiente afectado por la civilización. Las notas, muchas de ellas escritas a mano, también incluían información de los cazadores de altas montañas en lo que se refiere a la actitud de la cabra montes de los Alpes. Cuando esos animales se ven perseguidos por los cazadores y llegan al borde del precipicio, prefieren arrojar al abismo antes de caer en manos de sus perseguidores. En este caso parece existir una explicación más clara para cometer suicidio, el miedo. Los cazadores causan a la cabra montés tal pánico, y éste es mayor que la incertidumbre del salto en el vacío. ¿Por

qué no? afirmaba el ecólogo, en sus notas, son muchos los suicidas humanos que eligen el camino sin regreso, porque tienen más temor a la vida, que ingresar al “más allá”. El hombre se preguntaba sobre la importancia del miedo. Creo que se produce en el hombre una auténtica perversión del miedo al enfrentarse con sus impresiones de pánico: —temor al fin del mundo, ruina económica o social, amor desgraciado, suspenso en los exámenes, enfermedad, soledad o sus continuos fracasos en el trabajo. O será acaso que los suicidas prefieren una muerte segura a seguir viviendo, pese a que la vida podría ofrecerle la posibilidad de resolver sus problemas.

Las delicadas manos con guantes plásticos buscaban, sin perder detalle, entre todos los papeles. Leía entre líneas y se detenía, con gran curiosidad, al encontrar textos escritos a mano por aquel hombre que había dedicado casi toda su vida a la investigación de estos fenómenos.

El perro del ecólogo lloraba y se quejaba, con un aullido largo y lastimoso. Cuando se cansaba, volvía a dormirse a los pies del hombre. Por la ventana abierta flotaban las cortinas de fino tul, como brazos azules extendidos sin dirección aparente. En otra esquina

del estudio, en una mesita, también llena de papeles, un cuaderno abierto invitaba a leerlo.

La dama de las manos enguantadas lo tomó con delicadeza. El cuaderno contenía toda una serie de estudios sobre los diferentes tipos de contaminación que afectan al planeta y las consecuencias: alteración del clima, surgimiento de terribles enfermedades, falta de agua potable y de alimentos para satisfacer las necesidades de una población que se está reproduciendo a un ritmo tan acelerado que pronto agotarán los espacios físicos de otros animales. Una creciente población que produce toneladas de basura y desechos químicos imposibles de eliminar. Millones de seres, que luchan por sobrevivir y están presos del stress. La mujer se preguntó:

—¿Todas estas cosas pueden producir en el hombre una auténtica perversión del instinto del miedo, como afirmaba reflexivamente el escritor, para enfrentar las consecuencias producidas por él mismo, o vive en una total indiferencia rodeado de comodidades y lujos? — Bueno esos son algunos, sonrío. —Tenemos tantos problemas a nivel personal, económico y social. Vivimos en un entorno de atentados terroristas, guerras, delincuencia, políticas inadecuadas, desigualdades... Creo que

por eso padecemos un continuo desajuste emocional. ¿Qué se podría esperar del tormento de los pobres animales. Una frase pareció darle la respuesta: —Las penas y las preocupaciones también afectan a los animales, aunque no nos demos cuenta de ello. Puede sentirse tan abandonado un perro solitario en una gran ciudad como las personas mayores divorciadas o viudas, que en medio de la muchedumbre, se encuentran totalmente solas y abandonadas. —Es muy cierto, este hombre era un genio. ¡Qué sensibilidad! Sus pensamientos se mezclaron, ella misma, a pesar de su juventud, experimentada soledad. Pensó nuevamente en los animales y una voz interior, impresa en los renglones con una caligrafía clara y de trazo firme, decía:

—Pero los animales que sufren tristeza y soledad mueren lentamente. Nunca un perro deprimido se arroja, conscientemente, delante de un carro. Jamás una gallina, cansada de vivir, se acercará a un perro furioso, encadenado. En el momento decisivo, el miedo natural de toda criatura ante el peligro es mayor que su depresión psíquica. Esto es lo que diferencia a los animales del hombre.

La mujer se sentó en el sillón, no sin antes taparlo con su propia chaqueta. Estaba cansada física y mentalmente,

sentía como su corazón sufría un lastimoso desconsuelo. No obstante, su interés le impedía detenerse. Además estaba fascinada por la personalidad del ecólogo. Sus investigaciones, el mobiliario de la casa, los detalles, su vida... —Siguió leyendo y suspirando—, otro ejemplo de la predisposición de algunos animales al sacrificio, en defensa de su especie, no tiene que ver con el suicidio. No nace del cansancio de la vida, de la soledad o de un masoquismo llevado al extremo. Por el contrario, es algo que se ofrece al servicio de la vida, quizá no de la vida individual, pero sí, desde luego, de la vida de los hijos y de la supervivencia de la comunidad. La mujer evocó a los pilotos kamikase japoneses en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial que lanzaban su avión cargado de bombas sobre barcos norteamericanos. Y allí, delante de ella, como si el cuaderno le volviera a hablar, surgió el estudio sobre las personas que se inmolan, o que llenan su cuerpo de explosivos y se suicidan matando personas, muchas veces inocentes, del problema que les ocupa. En este caso, es fácil confundirse —y se combina un juego diabólico— expresaba el ecólogo, el motivo básico que impulsa al suicida es el sacrificio por la patria, un juego de venganza o un llamado de fanatismo religioso con una autosugestión colectiva.

Un grupo de tres o cuatro hombres, buscaban huellas en las demás habitaciones de la casa. Algunos tomaban fotografías y el forense daba instrucciones precisas para el levantamiento del cadáver. Los policías habían cercado la casa y no se dejaba pasar a ninguno de los curiosos que se amontonaban en la entrada.

El ecólogo yacía sobre el diván. Las largas piernas extendidas y bajo ellas, su fiel compañero. Su rostro denotaba el sentimiento final de un arrepentimiento. Tal vez se confundieron sus sentimientos ante tanta atrocidad que había estudiado. Quizá pensó que no valía la pena. Tal vez sufría otro tipo de problemas. El agua derramada, las pastillas regadas por el suelo y el teléfono descolgado, eran elocuentes testigos de que al final quiso pedir ayuda. Sintió miedo, ese miedo irracional que produce la muerte. El perro seguía a su lado, cuidando su eterno sueño, él lo seguiría, no iba a soportar la soledad y la separación de un ser tan amado. Una de las manos apretaba una arrugada hoja, profusamente escrita. La fiscal se preguntaba: —¿Por qué? ¿Cómo era posible perder un hombre tan valioso?

La dama de los guantes, una de las más brillantes investigadoras del cuerpo de policía estatal, había

encontrado una llave que daba al laboratorio del ecólogo. Luego de leer casi todos sus importantes escritos, revisó con la suspicaz inteligencia que la caracterizaba, cada uno de los rincones de la estancia sin perder un solo detalle. Sus compañeros habían llegado a la conclusión de que se trataba de un suicidio. El caso se cerraría y todo quedaría en el olvido. En realidad, no encontraron señales evidentes de un crimen, cuyo móvil podría ser el robo. Nada faltaba, todas sus pertenencias estaban intactas. Lo que habría que averiguar es por qué tomó esa fatal decisión, precisamente él, un especialista en la materia.

Abandonaron el lugar. Una ambulancia trasladó el cadáver para practicarle autopsia de rigor. A los pocos familiares que tenía se les avisaría para recogieran sus pertenencias e hicieran los trámites legales de su herencia. El caso, luego de otras investigaciones, se cerraría, como tantos otros.

La detective sonreía, llevaba en el bolso de su abrigo, un tubo de ensayo, debidamente congelado. Lo había sacado de la centrifuga del laboratorio del ecólogo, cuyo contenido podía perpetuar la vida de aquel extraordinario hombre. La mejor herencia, era su propio

semen, al que ella le daría buen uso. —Es algo que se ofrece al servicio de la vida... y existen vidas que merece la pena perpetuarlas, pensó la hermosa mujer. Podría hacerlo era el momento preciso de su existencia, donde la integridad y la belleza física, coexisten con la sabiduría y la madurez del intelecto.





Índice

- 9** Vacaciones mágicas
—*El Dueño del Monte*—
- 17** La oscuridad del armario
—*El niño*—
- 23** El hechizo
—*El profesor*—
- 27** Un diario
—*El novio*—
- 33** La historia se repite
—*El soldado*—
- 55** El cuento de las palabras
—*El orador*—
- 65** Tres en soledad
—*El mendigo*—
- 71** Sentencia de muerte
—*El enfermo*—
- 85** ¿Se suicidan los animales?
—*El ecólogo*—

Este es uno de los 5000 ejemplares
impresos en los talleres de
durante el mes de diciembre de 2006,
creyendo y apoyando a los lectores
más jóvenes que forjarán
los nuevos Caminos del Sur.

Diseño de Colección
Mónica Piscitelli
Cristóbal Carrillo
Edición a cargo de
Dayana Díaz De Freitas
Corregido por
Zenaida Peña
Diagramado por
Mónica Piscitelli

Anabelle Madden Ciardiello

Costarricense radicada en Venezuela desde hace treinta años. Licenciada en Educación, su actividad comenzó a girar en torno a los niños y a incursionar en la literatura pedagógica, después de escribir dos obras de teatro que tuvieron gran éxito en Caracas y un cuento ganador de un certamen literario organizado por el Instituto Monseñor de Talavera. Comienza a tomar especial interés en el aspecto ambientalista, del trabajo en este campo nace el libro de cuentos *Costa Rica tierra de ensueño* publicado por la Editorial de la UNED de Costa Rica, (2004).

Ahora nos presenta su segundo libro de cuentos –para jóvenes– *Hombres diferentes*, con un estilo transparente y refinado, la autora nos pasea por el alma de estos “hombres diferentes” que no necesariamente quisieron ser así, es decir, criaturas de la vida. Y es que si se le busca un tema central que dinamice a todas estas historias, sólo habría que buscarlos en la vida (a veces la muerte) en sí, por donde todos cruzamos y donde estos personajes poco usuales, a veces condenables por nuestros prejuicios, pasan desapercibidos. Este pequeño libro nos ofrece una mirada mucho más humana que nos lleva a comprender aquellos espíritus perturbados por padecer su propia vida, a aquellos encargados de renovar, desde los cimientos, los valores humanos.

Alfredo Rajoy Matos (Caracas, 1984)

Comunicador visual, ilustrador y artista plástico en formación; egresado de la escuela de comunicación visual Prodiseno. Actualmente da clases de Ilustración e Introducción a la Comunicación Visual en la Universidad José María Vargas. Durante su corta carrera ha colaborado con varias publicaciones nacionales. Además participó en la exposición “Sin nombre aparente” (Centro Cultural Chacao, 2006). Esta constituye su primera experiencia en el campo de la ilustración para libros infantiles y juveniles.

